



“Lacayuelos del ataúd”

p. 71-74

María del Carmen Vázquez Mantecón

*La muerte y los niños. Exequias novohispanas y mexicanas a sus bienaventurados angelitos*

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2018

90 p.

Figuras

(Serie Divulgación 13)

ISBN 978-607-30-1042-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de agosto de 2021

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/699/muerte\\_ninos.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/699/muerte_ninos.html)

D. R. © 2021. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## “LACAYUELOS DEL ATAÚD”

La práctica que a partir del siglo XIII integró a los niños como un componente muy importante de los cortejos fúnebres también fue común en la Nueva España y en el México decimonónico. Durante la Edad Media tomó forma el cortejo que acompañaba a los difuntos, encabezado por un sacerdote y seguido por monjes mendicantes, muchos pobres de solemnidad y niños que podían ser pensionados de los hospitales, asistidos o abandonados, quienes recibían por esa presencia una limosna. En Francia, éstos eran vestidos con un traje de duelo —con un capuchón que les cubría el rostro— y llevaban en las manos cirios o antorchas.<sup>1</sup> Es posible rastrear esa costumbre entre los siglos XVI y XIX, tanto ahí como en España, donde desde el XVII, se hablaba de ellos como “especialistas de la muerte”. En ambos países se volvió necesaria su presencia (incorporando a muchos infantes de los colegios de caridad), por la que los hospitales aseguraban algunos recursos.<sup>2</sup> Varios autores hispanos que desde el siglo XVI escribieron sobre las artes de bien morir recomendaban que los niños, debido a su inocencia, rezaran en la habitación de los agonistas, comenzando, además, a encabezar los cortejos. En su mayoría, se trataba de huérfanos expósitos recogidos en algún colegio (donde eran mal alimentados y

---

1 Philippe Ariès, *Le temps des gisants*, en Philippe Ariès, *L’homme devant la mort*, París, Editions du Seuil, 1977, v. 1, p. 165.

2 *Ibidem*, p. 167.

aprendían el catecismo), que permitían que el difunto se luciera haciendo con ellos su última obra de caridad, y a los que Francisco de Quevedo llamó “meninos de la muerte y lacayuelos del ataúd”.<sup>3</sup>



En la capital novohispana, los niños participaban de dos maneras en los funerales: cargando el féretro de otros chicos o como parte del cortejo de un cadáver adulto. En el primer caso, podían pertenecer a las esferas altas, como sucedió en las exequias del hijo del virrey de las Amarillas en 1756 al que me referí páginas arriba (cortejo en el que, además, desfilaron infantes pobres del Colegio de San Juan de Letrán). Y así seguía siendo hacia el año de 1807, según lo reseñó Francisco Manso Zárate y Bojórquez en el *Diario de México* en su artículo “Costumbres”, en el que contó sobre su visita a “cierta escuela famosa de la ciudad”, a la que llegó una anciana solicitando al preceptor a los niños que iban a cargar un “muertito” de su casa. Para este cronista, la libertad despótica e ilimitada de los maestros sobre los pupilos era un abuso reprehensible y digno de crítica severa. Hizo una defensa de la niñez, censurando esa práctica común, que no les permitía aprovechar las horas de escuela y, entre otras cosas, con el argumento higiénico de que podía ser peligroso para ellos y sus

---

3 Fernando Martínez Gil, *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Madrid, Siglo XXI, 1993, p. 408.



familiares, sobre todo si el fallecido padecía alguna enfermedad contagiosa.<sup>4</sup> La otra modalidad, esto es, ser un niño pobre que formaba parte de un cortejo de “gente elegante”, era todavía frecuente hacia 1858 en la ciudad de México, donde la comitiva iniciaba su recorrido “casi siempre a las cuatro de la tarde”, sin faltar en ella, después de los ciriales y la cruz, y antes del carro con el cajón, “los muchachos del hospicio con su traje fúnebre y grandes velas de cera en las manos”.<sup>5</sup>

---

4 *Diario de México*, 26 de febrero de 1807, p. 220-221.

5 Marcos Arroniz, *Manual del viajero en México*, edición facsimilar de 1858, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1991, p. 158-161.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS